

los patios: la escalera, que según se dice subió nuestro Salvador, lo mismo que las piezas superiores, están cubiertas de azulejos con magníficos adornos, como los que todavía se ven en las estufas de nuestras antiguas mansiones señoriales. Fragmentos de estatuas arreglados bajo los arcos, que, se dice, vienen de la casa de Pilatos, son las únicas cosas que recuerdan, si bien de una manera poco lisonjera, la época de los emperadores romanos. Adorna esta casa muy célebre en España, un bonito jardín lleno de jazmines, de rosas y de naranjos, con un fresco emparrado, y una fuente de la que brotaban elegantes juegos de agua en tiempos mejores.

Siguiendo nuestro paseo, entramos en la famosa *Fábrica de cigarros*, que tiene las dimensiones y la belleza de un palacio. Esta fábrica es la más curiosa de las que hay que visitar por menor; podemos seguir en ella la serie completa de las manipulaciones, desde la hoja en bruto que llega de América, hasta las cajas embaldadas para los diversos países de Europa, hasta las cajetillas de *cigarrillos de papel* destinadas a la España, y las cajas de hoja de lata selladas en que se vende el excelente tabaco de Sevilla. Ocupan en ella diariamente cuatro mil mujeres y niñas. Lo más interesante que hay que observar en este establecimiento, es la actividad maravillosa, el cuchicheo confuso y la charla incesante de aquel numeroso ejército femenino, y al mismo tiempo el orden ejemplar que reina en las galerías.

Las obreras están sentadas en grandes mesas, con un paquete de hojas de tabaco por delante. Después de haberse untado los dedos con agua de goma, ponen un cierto número de hojas en rollo, envuelven el rollo en otra hoja pequeña, y lo cortan por un lado con grandes tijeras: en un abrir y cerrar de ojos está hecho el puro. Estas trabajadoras son pagadas por tarea. Los cigarros se hacen de tabaco desmenuzado, que se introduce por medio de un embudo en tubitos de papel confeccionados en la fábrica: en seguida, una especie de presidenta los pesa en cada mesa. Todo esto se efectúa con una rapidez increíble, con animación y con gracia, y en medio de las más alegres conversaciones. No sucede aquí como en nuestros talleres en que el hombre se embrutece y se degrada: la vida y la salud reinan en esta fábrica, en la que todos parecen trabajar con gusto.

Noté pocas caras verdaderamente bonitas entre aquellas cuatro mil mujeres que todas tenían flores en la cabeza a la usanza del país: muchas tienen gracia en los movimientos, muchas otras tienen fisonomías muy coquetas; pero todas observan una disciplina muy militar. Mantienen el orden gruesas dueñas bastante ridículas, que, semejantes a los generales acostumbrados a la victoria, recorren las filas con fiereza, y pasan revista a sus tropas. Algunas negras, hijas de la *Triana*, de la raza famosa de los gitanos, confundidas entre sus hermanas gótico-morisca, hubieran podido referirnos más de una aventura de amor y de puñal. Un Eugenio Sue hallaría en la vida de esta multitud de criaturas femeninas, en la historia de sus sufrimientos y de sus alegrías, materia para una novela en cien volúmenes, y los misterios de la fábrica de tabacos de Sevilla podrían figurar dignamente al lado de los *Misterios de París*.

La preparación del tabaco para polvos, está abandonada a los hombres y a las mulas: picado y aprensado este tabaco, se le pone después a macerar; despiden un aroma picante que tiene el perfume español elevado a su más alta potencia. En las piezas del piso bajo se prepara el regalo de los sibaritas, el precioso *rapé* de Sevilla, *el polvo sevillano*, polvo impalpable, penetrante, que encerrado después en tabaqueras de oro adornadas de diamantes, da a nuestros diplomáticos, a nuestros doctores y a nuestros sabios, su sabiduría y su gravedad incomparables, y pasa por el primer símbolo de armonía en las negociaciones importantes.

Al salir de este inmenso edificio, que se tomaría por el palacio de un rey, nos dirigimos al interior de la ciudad. Cerca de la catedral se halla la *Lonja*, movimiento verdaderamente digno del célebre Herrera, que construyó el Escorial, octava maravilla del mundo. Por una escalera gigantesca se llega a las salas enlosadas todas de mármol, en donde se hallan los famosos archivos de la antigua compañía de las Indias. Véanse todavía en ellas, en una pieza aparte, algunas cartas de Hernán Cortés al rey, tan interesantes por el nombre del escritor, como por su estilo lleno de respeto. Nos mostraron el signo que Pizarro, que no sabía escribir, empleaba a guisa de firma, y el testamento del piloto que hizo con Colón el descubrimiento de América. Son monumentos venerables

de un tiempo mejor para la pobre España. ¡Cuán precioso puede llegar a ser para un pueblo entero, un simple pedazo de papel hecho de trapo viejo! Cuenta en el número de sus mas hermosos trofeos, cuando un hombre cuyo nombre está inscrito en la historia, ó que solo ha sido testigo de una grande época, de ella ha dejado en él algunas líneas de su mano! En presencia de semejantes objetos, casi siente uno que el robo sea un crimen. Las paredes de esta sala están adornadas con retratos de los últimos soberanos, entre los que noté los de Fernando VII y de su hija Isabel.

La inocente Isabel es seguramente uno de los seres que el destino ha tratado de la manera mas caprichosa. Presa desde su mas tierna edad del combate de terribles pasiones, creció sin principios en medio de las sediciones, y ha debido formarse a sí misma sus principios; hija del destino, recibió en dote los mas diversos talentos, y ha sabido granjearse el amor de sus súbditos por una gran bondad de corazon y por un natural amable y simpático.

En esta lonja magnífica, que nos dá por su noble y rica arquitectura una idea de lo que era la España cuando el oro de las colonias le llegaba por el Océano, hállase una escalera de piedra en espiral, obra maestra de elegancia y valentia del mismo Herrera..... Ya no está allí el duque de Alba, aquel espectro ensangrentado, aquel espantajo blandiendo cadenas (para emplear el lenguaje de nuestros *espíritus fuertes* modernos, de nuestros soñadores humanitarios); el duque de Alba con su inquisicion suspicaz y cruel, no existe ya allí; pero véense todavía los olorosos naranjos a cuya sombra el feroz verdugo de Felipe II, se paseaba meditando sus negros proyectos: sus soberbias copas de verdura subsisten despues de 300 años. Maravilloso espécimen de la frondosa vegetacion del medio día, estos árboles no son mutilados al estilo italiano ó a la moda de nuestras naranjerías; su ramaje libre y vigoroso, cargado de frutas y flores, esparce espesa sombra y suave perfume; su aspecto es verdaderamente encantador, y siempre jóven su belleza a pesar de su edad.

El amo del cruel Alba, el sombrío y sanguinario Felipe II, era estimado por el pueblo que veía en él un hombre y un español, es al ménos lo que me aseguró el príncipe de Montpensier que sin embargo descende de los Borbones. Por mas odio que se profese

al duque de Alba, no puede uno prescindir de admirar sus naranjales, y de conceder a este terrible personaje el haber hecho de ellos un pacífico y encantador circuito para su casa morisca.

La academia de Sevilla que ocupa, si no me engaño, un antiguo convento, posee un verdadero tesoro, una coleccion de Murillos. Estos cuadros, bastante descuidados, cuya mayor parte ni aun tienen marcos, adornan las paredes de una gran sala que era probablemente el antiguo refectorio. Murillo es el pintor de la inspiracion espontánea, el pintor del entusiasmo; pero su exaltacion va seguida con frecuencia de decaimiento y languidez.

El hombre puede elevarse hasta los cielos en alas de su espíritu inmortal; pero como no es dado a todos el poderse mantener a esa sublime altura, vuélvese a caer a la tierra, para no elevarse sino despues de haber recobrado nuevas fuerzas. Tal sucede a Murillo. Fuego celeste anima con frecuencia sus obras; pero tambien con frecuencia solo las ilumina la luz terrestre: sin embargo, en sus horas felices es encantador; logra entónces dar a las formas que toma de la realidad, una ideal que lo eleva al rango de los grandes artistas, y le asegura un lugar entre los primeros.

Él ha hecho cuadros de una naturalidad deliciosa. Uno de ellos vi allí entre otros, que me extasió: es el de la Virgen depositando al Niño Jesus en brazos de *San Félix*, en recompensa de su piedad. La Virgen descende de las nubes, y cual tierna flor se inclina a orillas de un claro estanque. ¡Qué gracia y qué dulzura en su porte! ¡Qué encanto y qué bondad en su mirada! Ninguna pluma podría describirlo. Y sin embargo, no es mas que una tierna niña de maravillosa belleza, un ángel puro de luz; pero no es la Madre de Dios, la Virgen fuerte é inmortal cual nos la muestra Rafael en la Madona de San Sixto. La tierna jóven de las nubes de Murillo no puede haber concebido al Salvador del mundo. Los que aman a Murillo y los que en general gustan de las bellas artes, deberán leer las *Cartas sobre España* de la condesa Hahn-Hahn. No soy tan entusiasta del gran maestro como la noble viajera; pero confieso que pocas personas saben describir como ella, y poseen en tal grado el don de comprension poética y la riqueza del lenguaje. Cuando se ha visto a España, se lee con admiracion esta obra en que la condesa Ida, con gracioso abandono, siem-

bra los mas brillantes y hermosos pensamientos como otras tantas perlas en un tapiz de terciopelo.

Quería guardar mi incógnito en Sevilla; pero el duque de Montpensier que me habia descubierto, me envió a su chambelan. Me fué pues preciso, a pesar de la precaucion que habia tomado de dejar a bordo mi uniforme, hacer una visita al castillo de San Telmo. Léjos estuve de arrepentirme despues, porque esta visita me dió a conocer nuevas maravillas. Un magnifico carruaje con asiento escarlata y lacayos engalonados, vino a buscarnos a nuestra fonda para conducirnos al palacio del príncipe. La guardia salió y presentó las armas: abriéronse soberbias rejas flordelisadas y pasamos por una puerta ricamente esculpida: anunciémos un suizo golpeando con su alabarda en las losas de mármol, y fuimos guiados por un chambelan que esperaba en la portada, a una vasta escalera cuyas paredes están cubiertas de cuadros.

En el peldaño mas alto, se adelantó hácia mí un jóven alto y rubio, sin uniforme, que llevaba en el cuello el toison de oro y el cordon azul de una gran cruz española: era el duque mismo que venia a recibirme en su mágico palacio. Atravesando dos suntuosas piezas llegamos a un tercer salon deslumbrante de oro y colores. Hallábase allí una mujer hermosa, de aire de princesa, de seductora mirada española tan llena de promesas, sombría y profunda como la eternidad: una tez mate, trasparente como el marfil, daba brillo a sus facciones de una regularidad antigua; su rostro puro era como una rosa pálida, colocada en las olas undosas de una cabellera de ébano. Era la bella duquesa, de diez y nueve años, segunda hija de la reina Cristina, imágen viviente de la gracia y de la seduccion españolas. Cerca de ella estaba una jóven infanta, retrato en miniatura de su abuela francesa.

Despues de una corta conversacion, me levanté para despedirme. El duque me enseñó en un gran salon decorado con retratos de familia, su coleccion de curiosidades, entre las que noté los magnificos presentes que le ofrecieron los príncipes musulmanes en su viaje a Oriente, y un laúd de la reina Isabel, piadosa esposa de Fernando el Católico. El duque me invitó a comer para aquel mismo dia. Recibíome en su hermosa biblioteca del piso bajo; vi en ella el retrato de Felipe III, el fundador de San Tel-

mo (que en otro tiempo era escuela de marina) y el del ex-rey de los franceses. Montpensier me condujo en seguida a una capilla de dorados refulgentes, y de allí a un parque inmenso que es todo obra suya.

Este parque es una maravillosa hechicería creada como por encanto en el espacio de dos años. Cerca de un bosque de naranjos de espesa sombra, ha prosperado la vid en aquel generoso suelo. En el seno de aquel rico verdor, rodea un estanque graciosa isla que contiene plantas de todos los países del orbe; un kiosco morisco, de elegante perfil, corona la isla, y una barquilla boga en las aguas lípidas surcadas por hermoso par de cisnes. Mas allá, en los vastos espacios del jardin, se levantan pajareras pobladas de papagayos y pajaritos de las islas, de formas delicadas y brillantes colores, aclimatados bajo el dulce cielo de Sevilla. Tambien me mostraron una pequeña alquería con vacas suizas de especie que me era desconocida: algo les falta; pero es un defecto tranquilizador, y es que no tienen cuernos.

Una colina artificial y en ella una ermita existen en el lugar histórico en que la inquisicion levantaba sus hogueras. En un monton de tierra se ven algunos ladrillos que conservan aún vestigios del terrible suplicio, y allí mismo fué quemada viva, apénas hará cincuenta años, una visionaria, una *beata*. Así cambian los tiempos: en el mismo lugar donde, medio siglo ántes de nosotros, perecian a la vista de la espantada multitud, las desgraciadas víctimas de un fanatismo sanguinario, se levanta hoy una verde colina; y cuando subís a ella para admirar la perspectiva, os enseñan ingenuamente, como una de las curiosidades mas interesantes del jardin, los restos de la terrible hoguera, y os refieren con gran admiracion vuestra, que una hija de los reyes españoles ha escogido aquel teatro de los autos de fe, para establecer su parque encantado.

La principal gala de aquellos lugares, son las plantas tropicales de exuberantes formas, que prenden maravillosamente en plena tierra, y cual seres de naturaleza superior se lanzan por encima de las plantas vulgares de la Europa. Hállase allí, al lado de una poética palmera, cuya cima majestuosa se mece en el aire, el humilde y útil bambú; y del centro de aquella maravillosa vegeta-

cion de todos los países del globo, se desprende el magnífico palacio resplandeciente de oro y vivos colores, respirando voluptuosidad, cual diadema oriental sobre corona de flores tropicales. Largo terrado, cubierto de jarrones y plantas exóticas, lo une al jardín: en él volvimos a hallar sentada con sus hijos, a la duquesa apenas repuesta de sus días de cama. Es tan benigno el clima de Sevilla, que permite a las mujeres pasearse con la cabeza descubierta desde el noveno día después del alumbramiento. Es lo que hacia la hermosa dueña vestida de traje muaré amarillo sembrado de flores de rojo vivísimo.

Acercábanse las primeras horas de la noche y su dulce frescura. El sol había desaparecido, y llenaba el aire aquella vaporosa claridad que solo existe en las regiones meridionales. Dibujaban las palmeras sus cimas en contornos mas acentuados sobre el pálido crepúsculo que empezaba a dejar ver la luz temblorosa de las estrellas: las flores exhalaban sus mas suaves perfumes; tibios soplos nos venían de las orillas del Guadalquivir, y parecia que la naturaleza se esmeraba para rodearnos de romántica poesía la comida esperada.

El terrado nos condujo a un magnífico salon, donde murmuraban varios chorritos de agua alrededor de una columna de mármol: de allí pasamos al comedor deslumbrante de claridad. Sentámonos a una mesa suntuosamente servida, cubierta de plata labrada y flores: en una de las paredes brillaba el retrato de la duquesa en traje andaluz, deliciosa pintura de un artista parisiense. Las entreabiertas puertas del terrado dejaban llegar, con el fresco de la tarde, las alegres melodías españolas ejecutadas por una música militar, mientras que nuestros paladares gustaban voluptuosamente de los exquisitos platos de una comida francesa. Todo parecia contribuir a la hechicería de aquella tarde pasada en San Telmo: el recuerdo que me dejó, quedará por siempre grabado en mi corazón.

En un viaje, las vistas y los colores cambian incesantemente, y presentan a nuestras miradas imágenes siempre nuevas. Esperábamos en nuestra fonda un interesante espectáculo, preparado por la atención de mi fiel amigo el capitán de la fragata. Algunas parejas de bailarines iban a ejecutar, en presencia nuestra, las famosas danzas nacionales.

Esbeltas jóvenes de chispeantes ojos, y hermosos jóvenes de elegante porte entraron con dignidad del todo española en el comedor del hotel. Diré, entre paréntesis, que las blanqueadas paredes de esta sala, bastante mal iluminada, estaban cubiertas de numerosas copias de Murillo, dispuestas para ser vendidas por originales a los crédulos hijos de Albion. Tendíme, cual voluptuoso sultán, en un duro canapé, para saborear a mis anchas los *cigarillos de papel*, y distraer mi vista con el halagüeño espectáculo que se preparaba. Con autorización mía participaron al principio de este placer un cónsul ruso y sus dos hermanas, gravemente entonadas en su rigidez de solteronas; pero a poco huyeron por los movimientos algo aventurados de una linda bailarina de diez y siete años.

Sonó la guitarra; las manecillas jugaron las castañuelas, y empezó el baile en rico traje español. No conoce a España quien no la ha visto en las corridas de toros y en las danzas nacionales. Si en la corrida el hombre despliega agilidad, fuerza y valor;—el baile embriagador, es el triunfo de la gracia natural, de la noble fiereza de las fogosas andaluzas. No son los pies lo mas notable en estas bailarinas; mas el busto opulento y voluptuoso, no por eso se muestra ménos elástico y flexible: los balances, las inflexiones del talle, las posturas en que el cuerpo se echa atrás, son de una dulzura seductora, y a la vez de una nobleza cumplida . . . es la pasión que se impone. Hay un efecto singularmente bello, y es cuando de repente se acercan las parejas con aquella mirada de amor tan penetrante que acompaña a esta figura: inclínanse rápidamente las cabezas, enderezándose con un movimiento súbito y revoltoso.

La noble y erguida cabeza se mueve soberbiamente sobre un cuello libre: los ojos negros y ardientes lanzan relámpagos; las facciones de una regularidad antigua son graves, y, sin embargo, seductoras. Enlázanse los brazos con elegancia, y las bonitas manos tocan con las castañetas aturdidor compás que cubre el sonido de la música. Cuando toda la compañía hace resonar en sus manos con ardorosa alegría este pequeño instrumento, os sentís arrebatado; os electrizaís como con todo lo que es nacional.

Varias de estas danzas fueron acompañadas de canto: preten-

der que este sea hermoso y melodioso, sería seguramente un exceso de entusiasmo; pues aunque se escape de lindos labios andaluces, esta melodía no deja de ser un gangueo bárbaro cuyo origen es árabe como tuvo ocasión de observarlo con el tiempo.

Hemos visto que el toreador lleva sobre una chaqueta de color claro, bordados de oro y plata: también los bailarines y bailarinas tienen vestidos ricamente recamados. El corpiño de las mujeres es de distinto color que la basquiña guarnecida casi siempre de elegantes encajes. Las jóvenes usan en el pelo cintas y flores: largos prendedores atraviesan su castaña contenida por un peine coquetamente ladeado. El conjunto del traje es rico, pintoresco y romántico. Una joven bailarina de diez y siete años, supo atraer nuestra atención por su porte gracioso y su aire travieso, bien que también la atraía una de sus compañeras alta, nada bonita, pero bailadora consumada, Doña Amparo, hija del campanero de la Giralda. La primera, aunque muy penetrada de las gracias de su persona, no dejaba de ser un natural sencillo: la otra me hacía el efecto de una coqueta haciendo alarde de su arte, plenamente satisfecha y segura de su victoria. Nuestro excelente doctor se puso a cortejarla de la manera más divertida, y sin poderle decir una palabra en su lengua nativa, emprendió con ella una conversación española, en la que Doña Amparo se dió aires de gran señora. La hija de Talía, no sin resistirse al principio, se dejó decidir a fumar, y después de haber absorbido algunas bocanadas del cigarrillo, lo pasó a uno de nuestros caballeros, que debió continuarlo según la costumbre española, porque es gran favor el que aquí os hace una mujer ofreciéndos el cigarro de que ha gustado ya ó la copa de Jerez en que ha bebido.

Hé aquí los nombres de los bailes que fueron ejecutados por una ó varias parejas: *Sevillana*. — *Jaleo de Jerez*. — *Bolero* y *Cachucha*. — *Baile de Panderete*. — *Bolero*. — *Mijares*, danza saltada acompañada de un canto horrible. — *Zapateado*, igualmente muy vivo y acompañado de canto. — *Ole*. — *Bolero*. — *Jota*. Cuando la música dió la señal de la undécima danza, reconocí con admiración un aire de mi país natal; pero mayor fué mi sorpresa, cuando ví a Amparo ejecutar una *ländler* pretenciosa: y no dejó de lisonjear nuestro amor propio nacional que el último paso fuese una *alemana*.

Sevilla, 16 de Setiembre de 1851.

Hoy conduje a mi amigo K. . . . que llegó ayer, al monumento que forma el orgullo de Sevilla, a la magnífica catedral. Un sacerdote muy amable, estropeando así así el francés, nos mostró el tesoro de la iglesia que es de los más curiosos. Noté principalmente la llave que los moros entregaron a San Fernando cuando la toma de Sevilla, con una divisa profética en honor del rey cristiano: una cruz hecha con el primer oro que llegó de América, los hermosos candelabros y adornos de plata maciza que decoran en las grandes fiestas el Santo Sepulcro y el altar mayor.

Dícese que las ceremonias de la Semana Santa son mucho más suntuosas en Sevilla que en Roma. Entre otras cosas hay las procesiones de las diversas cofradías y de los penitentes cubiertos. El Sábado Santo, en el momento del *gloria*, los negros velos de la nave caen a una señal dada, y el ruido de los cohetes en el interior de la catedral, anuncia la alegría de los fieles que celebran la resurrección del Salvador. En la fiesta del Córpus, niños disfrazados ejecutan bailes nacionales en la casa de Dios. Este uso, que nos parece tan extraño, lo halla natural y aun edificante el habitante de Sevilla; y es que todo en este mundo está gobernado por el hábito, que varía según los países. La humanidad ha sido y es regida por impresiones que se han convertido en hábitos, y ¡desgraciado del que los combate! Será casi infaliblemente víctima de su loca empresa, pues nada hay más dulce para el hombre que el hábito. Atacarlo es por lo tanto obra ingrata, que solo podrá aprovechar a las generaciones futuras, porque para estas, las impresiones nuevas se convierten a su vez en hábitos.

Cádiz, 17 de Setiembre de 1851.

No quise separarme de Sevilla sin cumplir con el deber sagrado de oír una misa en el sepulcro de mi patron, el santo rey Fernando: verificóse el acto piadoso con solemnidad a eso de las seis al nacer el día. Silencio religioso reinaba en la capilla iluminada por la luz de los cirios y por la primera claridad del crepúscu-

lo. Resplandecía el sepulcro del santo rey con el brillo de la plata entre augustos sarcófagos, y al pié del sepulcro el oficiante, asistido de varios eclesiásticos, ofrecía al cielo el mas sublime de los sacrificios. Sobre las gradas del altar se arrodillaba humildemente un viajero, un descendiente de este gran santo. Sentíme completamente trasportado, é invoqué para mi familia ausente la intervencion de aquel que supo unir a las hazañas de la espada, el fervor de la oracion. Esta misa de la mañana, oída en una capilla de la gran catedral, cerca del sepulcro de Fernando, quedará siempre en mi memoria como un noble y fortalecedor recuerdo.

De ahí nos dirigimos a la orilla del rio para embarcarnos en el vapor «San Telmo,» y fué necesario decir: ¡Adios, Sevilla! El buque humea y páрте; el encantado palacio de San Telmo desaparece detrás de los árboles de las Delicias; el rio forma un codo, y sobre las verdes llanuras no se percibe ya mas que la imponente catedral, con su poética giralda que se lanza majestuosamente al cielo. Algunos instantes más, otra vuelta, y Sevilla con sus palacios moriscos, sus bosques de naranjos, sus seductoras mujeres, y sus corridas de toros, solo será un dulce sueño desvanecido! Pero este sueño conservará en mi memoria una frescura y una juventud eternas.



CAPÍTULO CUARTO

GRANADA Y LOS MOROS

20 de Setiembre de 1851.

Por la mañana nos encontramos enfrente de la roca monstruosa que se levanta como un Titan gigantesco sobre el Océano y el Mediterráneo: de cada parte que se la contempla, presenta a la vista un aspecto siempre nuevo. Gibraltar tiene el poder de atraccion, a la vez seductor y horrible, que no deja nunca de ejercer la grandeza destructora. Lo que excede de las proporciones ordinarias de la naturaleza y de la vida de todos los dias, subyuga el corazon del hombre y le atrae con una fuerza magnética, como las olas espumosas de un remolino. En la grandeza destructora residen la hermosura y el atractivo de Gibraltar; esa roca gigante, calva, desnuda y calcinada por los rayos del sol. La ciudad nada tiene de grandioso, sus casas están limpias y bien conservadas, pero son pequeñas é insignificantes; todo tiene un carácter de pequeñez y de comodidades de aldea; es un lugar de guarnicion con su sello militar y prosaico, de donde el espíritu práctico y frio de Inglaterra ha desterrado el romanticismo hispano-morisco. Son las costumbres de la casaca roja trasplantadas en el suelo ardiente del Mediodía. Para el comercio Gibraltar es una estacion muy segura, pero que todos atraviesan, sin permanecer en ella.

La gran plaza de armas, entre el parque y la ciudad, está adornada con soberbios árboles que merecen admirablemente su nombre español de *sombra*. Por el contrario el parque, que se extiende